



8º
Con curso
de
cuento

Gonzalo
López de
Haro



Octavo Concurso de Cuento
Gonzalo López de Haro
Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Ingeniería
2025, 126 págs.

Octavo Concurso de Cuento Gonzalo López de Haro

Primera edición, 2025

D.R. © 2025, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Avenida Universidad 3000, Col. Universidad Nacional Autónoma
de México, Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
C.P. 04510, México, D.F.

Facultad de Ingeniería
<http://www.ingenieria.unam.mx/>

Prohibida la reproducción o transmisión total o parcial
por cualquier medio sin la autorización escrita del titular
de los derechos patrimoniales.

Hecho en México.

UNIDAD DE APOYO EDITORIAL
Cuidado de la edición: María Cuairán Ruidíaz
Formación editorial e ilustración de portada: Nismet Díaz Ferro.
Las ilustraciones en interiores fueron generadas
con apoyo de Chat GPT.

Índice

Prólogo IV

Ganadores 1

Una resolana 2

Colgar un overol en el ocaso 7

Tan cerca 14

Finalistas 21

La chancla de Refugio. 22

Las escaleras al paraíso 26

¿A dónde se van las cosas? 33

Estación alternativa. 37

Atardecer 43

5 minutos más 46

Atención. 53

Participantes 57

Prólogo

Cada año programamos el concurso de cuento que pasó de llamarse *Cuentacuentos* a llamarse *Gonzalo López de Haro*, con gran emoción de vivir algo diferente a lo acostumbrado en la Facultad de Ingeniería. Al comunicarnos con los jueces nos mencionan: «este trabajo es el que más me gusta», «leer los cuento resulta muy placentero», «significa meternos en las letras y olvidar los números». Hay un gusto, ya que además de que los jueces son profesores de literatura, leer a estudiantes de Ingeniería cambia de lo que están acostumbrados en la lectura de diferentes escritores de cuentos.

Los cuentos reflejan la época en la que estamos viviendo, sin embargo los argumentos son diversos, se mueven en lo fantástico, con visión al futuro, realistas, en lo cotidiano, hablan de la muerte, de la vida, del amor, de su día a día en la Facultad, su relación con el estudio en su casa, en la calle, la familia, sobre la amistad, acerca de los peligros; surgen sentimientos como la desesperación, la incertidumbre, el dolor, la alegría, momentos de felicidad, necesidades de cambio, del clima, del universo, preocupaciones sobre el medio ambiente, y un largo etcétera.

Frases de estos cuentos dicen: «Que era trovador y que venía a mi casa y me cantaba boleros al atardecer. Me enamoraba con su guitarra. Me decía que nos íbamos a casar y que me iba a llevar a vivir a la ciudad».

«Emprendió el viaje saludando al periodiquero, que siempre le ganaba en madrugar. Caminó hasta el metro Zapata en dirección a Indios Verdes, transbordó en Hidalgo, rumbo a Toreo, y bajó en Popotla; dominaba tan bien el camino que sintió que podía recorrerlo con los ojos cerrados, pero no se atrevió a intentarlo».

Sin despegar los ojos del tejido de estambres rojos que sostenía en las manos, atendió con un movimiento de cabeza a que el invitado pasara a sentarse junto a ella, en la silla contigua que esperaba paciente en un intento por levantar los humos del recuerdo, «cual si de una porción de polvo flotante se tratara».

«Pesaba un poco así que, sin preguntar, pero con cuidado de que no me descubrieran abrí la caja azul; había fotografías de todos, recuerdo haberlas visto colgadas en la pared, un sombrero de ante, una camisa muy nueva, su reloj favorito y una carta que no me atreví a abrir. Y ahora, ¿Dónde iban a ir todas esas cosas?».

En fin, mejor es que se lean completos estos cuentos, eso sería lo importante.

Ana G. García y Colomé

Referencias:

Lauro Zavala, (2013) Teorías del cuento III Poéticas de la brevedad, Cultural UNAM

Ganadores

Una resolana

Helio Saúl Vázquez Romero

«Dcdnnt Nnd»

Una resolana abre la escena, por primera vez siento que confío en lo que hago. La velocidad de las ruedas se escucha estridente, aquieta el murmullo de los automóviles volátiles que avientan la luz del sol hacia mis ojos. En ese espacio vibrante se dibuja un túnel oscuro delineado por la luz que cae del mediodía. En dos segundos atravieso esa oscuridad oblicua. ¡Una bicicleta me ha permitido atravesar la vida en dos segundos! Quiero pensar que la vida es más que esos dos segundos de vértigo y negrura, regreso, cambio de dirección y de nuevo deslizo mi cuerpo por debajo de estos muros de cemento. La soledad es torpe pero jamás me ha impacientado. La serenidad con la que recorro la vía es pesada, mi organismo no la soporta y la inseguridad, invadiendo por completo mi cuerpo, deja libre a mi alma. Dejo la mirada en el piso o en el cielo azul, francamente lo que siento no es relevante en este momento tan perfecto. Habito un lugar de construcciones míticas, la cáscara superflua me ha asimilado frenéticamente. Esta ciudad es para mí la única salida a la desesperación por la que he transitado los

últimos años. Nuevamente una sensación de soledad me abrumba profundamente.

Me dirijo hacia la parte principal, los caminos de césped me parecen bellos. Hace años había perdido el camino, hoy casi todo me parece ajeno, he vivido con tanta pasividad que ahora me cansa. Ahora veo diferente la vida, no creo en el destino ni en los planos superiores al nuestro, no creo que haya dictado algo singular para cada ser, la firmeza del aire me hace pensar en lo aleatorio que puede ser este mundo. Sin embargo, si el tiempo pudiera ser más que una unidad arbitraria, tal vez este camino tendría sentido, así la construcción por donde atravieso la mirada no se mostraría vacía. Parece, por pura abstracción irracional, que el tiempo es inherente al individuo; materia y tiempo, fundidos en una misma posición nos deslumbran un destino cuestionable, pero tranquilizante. Voy marcando el camino y al voltear no veo nada, la inexistencia se siente como locura. Inexiste la esperanza, tal vez aquella que veo a lo lejos pueda decirme, pueda sentirme y oler el horror en el que divaga mi mente cuanto atravieso por estos campos. Mi manera de atravesar el tiempo, creo que ha sido incorrecta, soy difuso, mi tiempo se desliza de atrás hacia adelante, como una alfombra, una sección doblada se levanta y cae sobre la otra. Las tristezas se prolongan y las alegrías quedan abandonadas en un futuro que se ha perdido en acontecimientos imposibles. Esta tarde quedo anegado a mi desproporción, por muchos años añoré venir a este lugar, mi familia pertenecía aquí también pero en otro tiempo, de vista no reconozco nada aunque al tacto todo me es conocido, pero la melancolía me lleva a la inactividad absoluta.

Inexorablemente, un ente que divaga se sienta tranquilo bajo la sombra de su propia lejanía, pero es inconsciente, no percibe lo etéreo de su trayectoria porque los tiempos son inherentes a él. Sin embargo, yo que he modificado la convención para abandonar esa sombra y recaer en una vida más colorida, he desequilibrado los tiempos. Una lejana resolana me incita a recordar el agua, la lluvia siempre aparece para aliviar la sed del mundo, por eso es intimidante, porque la humedad permea de vida la rústica tierra abandonada y mi corazón árido de vientos danzantes teme desbaratarse como lodo hechizo. El ruido cadencioso de los árboles me habla. Por momentos me siento distante, no he conseguido dominar el ensueño que rugie como el fuego dentro de mis recuerdos. Nadie me escucha, me siento raro en este lugar. Hacer amigos es imperiosamente difícil, cada vez que intento acercarme a alguien huye de mí, somos distintos, el desinterés marcado por los años de diferencia crean una lejanía casi ridícula. Ráfagas de desilusión se acumulan en el fondo de mi estómago, me he sentido como un extranjero perdido en una tierra solitaria. De golpe, empiezo a notar una peculiar complicidad que el espacio está tomándose conmigo, me llena los ojos y comienza a revelarme la historia mágica de estos paisajes, la realidad se me presenta distinta, mi visión se modifica, tengo temor, pero algunas voces me llevan de la mano a la cima en donde puedo observar la totalidad de esos sucesos, ver de nuevo esta ciudad aquieta la desesperación que siento, recorrer sus pasillos me inunda de sentimientos positivos. Las voces no me dejan solo, siento que de alguna manera formo parte de las paredes que me encierran, pero me percibo liberado, el peso que sentía

sobre mí se ha esfumado, recupero poco a poco el aliento pero no lo siento mío, siento el respirar de los árboles enredando con el aire que corre por debajo de las Torres. La felicidad es infinita, por fin soy parte del frenesí que envuelve a todos. La felicidad es volátil, no entiendo porque no puede mirarme nadie, veo a mis compañeros y la soledad surte efecto, quedo atrapado entre la complicidad que he mencionado antes y la pastosa tristeza que experimento porque al parecer soy transparente. He vivido mal, deje pasar la vida y mi tiempo deformándose me cobra la lejanía en la que le obligué a transitar por la nada. Sé que es demasiado egoísta pedir que alguien me acompañe en este trayecto frío, por eso huyo y aunque no lo quiera quedo latente entre los salones y el ruido de la vida haciendo eco en mí. Reaparece aquella resolana frente a mis ojos haciéndome pensar en agua, de nuevo percibo lejano el zumbido de los automóviles que atraviesan la avenida Insurgentes. La velocidad de mi recorrido en bicicleta se inserta en mis venas, creo que dejaré estas descripciones absurdas para más tarde, debo entrar a una clase, aunque tal vez mi presencia sea despreciable. ¿Por qué veo mi cuerpo tan extraño? Lo veo recostado sobre el césped como si estuviera dormido. ¿Por qué veo mi cuerpo? No comprendo este hecho, las alucinaciones me asustan. Ya no hay nada y de golpe lo veo tan nítido, la sangre se escurre, yo no entiendo por qué soy tan impropio, la multitud de voces que se acrecientan para pedir justicia se amontonan como el tiempo inútil que se me ha amontonado a mí, la lluvia de luces se me viene encima y después la transparencia me invade por completo.



Colgar un overol en el ocaso

Javier Duarte Arcos

«La Resistencia»

Hace dos semanas con tres días que Manuel Flores cumplió sesenta años. Entre gritos y vítores, y uno que otro complaciente saludo, subió la escalera que lo conducía al sexto piso de su historia en compañía de sus tres hijos, sus nietos y las malencaradas nueras que, entre el celular y el canto, se juntaron a festejarlo.

No hubo martes tan soleado, tan clarito, tan colorido. Don Manuel se conservaba fuerte, pero el paso inquebrantable del tiempo lo delataba cada mes con la salida de una nueva arruga o la aparición de una que otra cana. Cicatrices de una batalla llamada vida.

Se levantó a las 6:33 a.m. y, como cada mañana laboral, se bañó para luego vestir el overol que planchó la noche anterior. Silbó la tetera que anunciaba el agua hirviente, preparó el café, mordió un pan dulce y dio unos sorbos. Ya impecable salió de casa.

Emprendió el viaje saludando al periodiquero, que siempre le ganaba en madrugar. Caminó hasta el metro Zapata en dirección a Indios Verdes, transbordó en Hidalgo, rumbo a Toreo, y bajó en Popotla; dominaba tan bien el camino que sintió que podía

recorrerlo con los ojos cerrados, pero no se atrevió a intentarlo. Unos pasos después dio vuelta a la izquierda para llegar al taller que, como desde hace tres décadas, lo recibía entre los ecos y las prisas de los autómatas apurados, en una típica mañana en la Ciudad de México.

Ese martes era especial, era su última jornada de trabajo; el principio del fin en el empleo que lo vio crecer, aprender, fallar y envejecer. Recordó cuando estuvo frente a un dueño que, con desdén lo contrató, no sin dudas de su inexperiencia. Manuel testificó cómo la zapatera «Guzmán» cambió de dueño al fallecer Don Gustavo Guzmán, oriundo de León, Guanajuato, y ahora en manos del heredero, el delfín, su hijo Héctor Guzmán.

La empresa siempre vivió, aun con crisis, tiempos de bonanza. Ahora era más grave.

Ante la competencia despiadada, la zapatera era subyugada a placer por las multinacionales, en un mundo donde no parecía haber lugar para los artistas del zapato.

Don Manuel Flores saludó a sus compañeros quienes, como en alfombra roja, lo recibieron entre abrazos y aplausos. Saludó detrás de la ventana a Héctor, quien ocupado en una llamada de negocios sólo alzó la mano para saludarle.

Dejó sus cosas y fijó la vista. Habían pasado 15 minutos de haber entrado a ese centro de operaciones que conocía al dedillo, cuando de forma inesperada la realidad se le vino encima y, como a un iluminado bíblico, le cayó el veinte: se había hecho viejo.

Colocó sobre la mesa las herramientas que lo forjaron como zapatero. Tenía todo listo, y al faltar nueve minutos para las 9,

cuando arrancaba el horario laboral, aprovechó para llamar a Julio, su primogénito, nombrado así en honor a Doña Julia, su difunta esposa.

—Hola Julio.

—¿Qué pasó, papá? ¿Todo bien?

—Sí, ya casi entro a chambear. ¿Cómo están los niños?

—Qué bueno jefe. ¿Te late si te devuelvo la llamada en la tarde?

Estoy ocupado atendiendo unas cosas aquí en la oficina.

—Claro que sí hijo. Espero tu llamada. Te amo.

Y el teléfono, que poco sabía usar, enmudeció, en un silencio fúnebre y melancólico, en el preámbulo de las postreras ocho horas como maestro zapatero. Miró al cielo, pensaba en Julia de manera religiosa y tras unos segundos, decidió comenzar. Sabía que este día llegaría, pero cuando de joven decía: «Cuando sea viejo», como quien mira al horizonte, parecía un momento remoto e inalcanzable.

Don Manuel siempre saludaba con la mano firme que, curtida y rasposa, el trabajo le obsequió a cambio del sudor que reflejaba su esfuerzo. Tenía maestría en tomar las pinzas, sabía trabajar con la piel, deslizaba el cepillo con la delicadeza de bailarín al mismo tiempo que surgía, como un milagro, un nuevo par de zapatos.

Era la última oportunidad. Tenía que hacer su mejor par. Era la despedida y sabía que en ese último ejemplar quedaría inmortalizado. Por eso se esforzó tanto. Se concentró con esos ojos de halcón que el tiempo se encargó de limitar; ahora estaban como encarcelados por esos lentes que los años lo orillaron a portar.

Jamás las pinzas, fieles confidentes, estuvieron tan mansitas. Se le acomodaron a la mano como nunca antes, eran extensión de su cuerpo, y Don Manuel apretó con una fuerza que sólo se le vio cuando se presentó treinta años atrás, en ese mismo y reducido sitio.

Calzó el zapato, viejo conocido, en el molde y empezó a engrapar. Alzó por un momento el rostro, y detrás del cristal que lo separaba de todos, observó que era el único de todos los miembros del antiguo taller que seguía ahí, además de Héctor Guzmán, quién era un niño de brazos en aquel tiempo.

Miró a sus compañeros los más jóvenes y en ellos, como en un espejo, se reconoció. Ahí sucumbió ante la melancolía momentánea, pero se repuso y siguió a lo suyo. Pasó el cepillo para dejar el zapato como le gustaba, brillante. El olor de la piel era habitual en su vida, pero sólo ahí lo saboreó como ningún otro día. Sacó la navaja para corregir las fallas. Tenía que quedar perfecto. Colocó la suela con cola y lustró de nuevo. Adoptó la manía de limpiar cada que una pelusa, como una intrusa, se colocaba encima del recién nacido zapato en ese espacio que simulaba una incubadora.

Ahí estaba él. De frente, digno, como siempre. Era él contra el terco objeto que se resistía a ser perfecto, pero lo intentaba y no daba por terminado hasta que superara sus estrictos y caprichosos estándares de calidad, aunque eso implicara más del tiempo estimado.

Hoy la exigencia era mayor. No podía despedirse de ese lugar ofreciendo un zapato mediocre, exhalando un esfuerzo tibio, tenía que dejarlo todo. Y lo logró.

Pasó al siguiente. Se limpió el sudor, colocó la piel, dejó el

calzado listo sobre la mesa, y con la vista fija en la operación, con una concentración quirúrgica, tomó sin ver las pinzas para operar al complemento del par en ese segundo intento.

Y ahí trabajando, le pegaban los recuerdos de tantos días, de tantas horas, de su fatiga, que soportó, firme y estoico. Se había convertido en un hombre sereno, pero momentáneamente tomó el rostro de torero frente a ese zapato que se le rebelaba y hasta parecía que le maldecía, en esa muestra de sometimiento a la perfección.

Nadie lo molestó en todo el día. No se tomó ni tiempo para comer en su reglamentario descanso. Sus compañeros no se atrevieron a interrumpir, en medio de esa compasiva tensión, el deleite sacro que provocaba el último día. Llegó la hora, se cumplió la sentencia, y la chicharra sonó, inevitablemente, al tiempo que Manuel dejaba sobre el alón el martillo que ajustaba y detallaba la suela de su última creación. El momento del fin había llegado.

Héctor Guzmán tocó la puerta para interrumpir a Manuel Flores. Venía como la muerte a anunciarle el final de su vida como zapatero. Héctor, muy agradecido y con rostro fúnebre, le entregó el sobre con su último pago y un papel que acreditaba 30 años de puro esfuerzo, mientras le recordaba cuando de niño lo miraba trabajar escondido tras la puerta. Siempre le cayó bien. Héctor aún estaba muy verde, tenía esa inexperiencia, síntoma de la juventud, pero era un buen hombre y sabía esperanzado que la zapatera, a la que tanto cariño le tenía, quedaba en buenas manos, a pesar de la adversa situación del mercado.

Llegó el momento de cruzar por la puerta grande, de despedirse. Luego de una convivencia de anécdotas y recuerdos se

despidió. Entre ovaciones, lágrimas y aplausos, Don Manuel salió como los grandes. Su labor había concluido, su misión estaba cumplida. Era la graduación del zapatero. La escena era la gloria efímera y finita de la estafeta que se le había otorgado a él, y ahora, en un ciclo infinito, transfería a esa nueva generación que respetuosa le admiraba y festejaba.

Salió y se desvaneció su figura al cruzar esa memorable puerta. Caminó a la derecha rumbo al metro sobre la México-Tacuba, donde ya se ocultaba el sol, justo como Cortés sobre esa misma calzada, quinientos años antes; Don Manuel ya sentía en la piel su noche triste.

En el transborde por fin se atrevió a caminar unos segundos con los ojos cerrados, quería ver si se sabía el camino como creía, y casi choca con una mujer que corría a ritmo de velocista para alcanzar al gusano naranja, que arrancó ignorándola.

Salió del metro como cada noche hasta su casa. Le llamó a Julio que no le regresó la llamada como acordó y al abrir la puerta lo recibió el grito de la familia reunida:

«¡Sorpresa!» y todos, como quien mira a un veterano de guerra, le abrazaron conmovidos por un cariño que brinda respeto. Partieron un pastel que sus nietos escogieron, y lo comieron mientras atendía el celular la notable mayoría de la mesa, como alienados en la pequeña pantalla de sus móviles.

Dieron las 12 y, después de limpiar los platos, salieron sus hijos por la puerta de la casa que los vio crecer. Don Manuel se quitó la ropa para ponerse la pijama más suave que tenía y en la oscuridad de su cuarto, recostado y en silencio miró al techo infinito mientras



estiraba la mano al lado vacío de la cama en ausencia de Julia. Y en el instante en el que saltó la primera lágrima, que en completa privacidad recorrió su rostro, susurrando dijo:

—Lo logré. Volvió a amanecer soleado.

Tan cerca

Francisco Javier Sánchez Calderón

«Ashen One»



Son las 10 de la mañana, o al menos eso dice el reloj. La habitación sigue completamente oscura, pareciera que fuera media noche. Si bien las cortinas están cerradas, al menos un poco de luz debería ya haberse notado. Me asomo por la ventana y solo puedo ver aquella densa capa de tóxicas nubes tapar la luz del sol. Algunos pequeños haces se escapan e iluminan pequeñas áreas del extenso yermo. Soltando un extenso suspiro suelto las cortinas y me aseguro de cerrar con seguro las ventanas, además de reforzar con un par de tablones, pues esas nubes eran señal de otra tormenta. Ya es la quinta esta semana y apenas es jueves, además, pareciera que cada vez duran más, pues la última duró casi 24 horas.

Tomé mi traje contra la radiación para emergencias, mi máscara de gas y dos filtros de aire reutilizados, tengo que comprar más el próximo domingo o no sobreviviremos la semana. Me puse protector con índice de protección solar de 2000. Suena irónico ¿no? Ponerse bloqueador, aunque el día este nublado. Lo sería, si no fuera porque los rayos UV atraviesan las nubes y la atmósfera como cristal. Así es, la capa de ozono prácticamente ya desapareció. Me vestí con botas de piel, un pantalón grueso de mezclilla, una camiseta y una chamarra de mezclilla también como la que usaban los electricistas antes de la catástrofe, hace un calor del demonio, pero prefiero llegar sudado al trabajo que tener que estar horas en una cámara que limpia la radiación.

Pasé por la habitación de mis padres y la vi vacía, pasé por la de mi hermana y ahí estaba aún dormida, inocente y con toda una vida por tener, una lástima que le haya tocado vivir tan pequeña esta situación. No paro de preguntarme si mis padres están bien,

desde hace dos días que fueron a comprar suministros y no han vuelto. Sé que las filas son de horas para comprar unas cuantas latas de comida y un par de botellas de agua pura, cada vez escasean más las cosas. Sin querer preocuparme más, dejé de pensar en aquello y simplemente salí por la puerta principal. Revisé el filtro de agua de lluvia y con suerte sigue funcionando, con la última tormenta conseguimos 4 litros de agua, no es fresca y sabe a tierra, pero nos ayuda a sobrevivir. No todo son buenas noticias, la trampa para ratas está vacía y el cebo ya no sirve, tendré que usar uno nuevo esperando que algún animal caiga en los próximos días.

Salí del patio, no sin antes despedirme de mi hermano mayor. Las flores en su tumba están marchitas, pero es lo mejor que podemos conseguir con este suelo. Al salir a la calle, no puedo evitar soltar una fuerte arcada y mis ojos comenzaron a lagrimear, el aroma a muerto es tan fuerte que me hace querer vomitar. Me puse la máscara de gas y pude disfrazar el olor lo suficiente como para resistir las ganas de volver el estómago, aunque, con el estómago vacío ¿qué es lo que puedes vomitar?

Con cada paso que daba, sentía la tierra desmoronarse, estaba tan seca a pesar de la lluvia, ni una hierba podía crecer en esas condiciones, los camiones recogen los cuerpos de los fallecidos del día anterior. Muertos de hambre, de sed, de violencia, por suicidio, al fin y al cabo, todo termina en lo mismo. Les envidio un poco, estén donde estén, dudo que sea peor que donde estamos ahora. Pero no puedo abandonar a mi hermana ni a mis padres.

El sol poco a poco empezó a salir un poco más, aceleré el paso tratando de caminar por las sombras, porque a pesar de llevar esa

capa gruesa de ropa, la piel arde al sentir la luz. Las casas a medio derrumbar, grandes terrenos completamente secos, árboles secos y donde corría un río, ya solo corren desechos tóxicos que salen de la vieja fábrica abandonada.

Después de caminar 30 minutos llegué a la estación del tren. Quien diría que esas viejas vías servirían después de tantas décadas. Es el único medio de transporte que sirve para largas distancias. Los autos ya no sirven, los aviones no pueden atravesar las densas nubes y los barcos ya no pueden navegar debido a toda la basura en el océano. Solo nos queda caminar, los trenes y las bicicletas. Es curioso que ahora tengamos que usarlas obligatoriamente y no como antes. El último tren pasó hace 20 minutos, lo escuché de dos chicos que se encontraban ya esperando antes de que llegara, ojalá que este no venga demasiado lleno. Bah, para que me hago ilusiones, el estúpido tren siempre viene lleno.

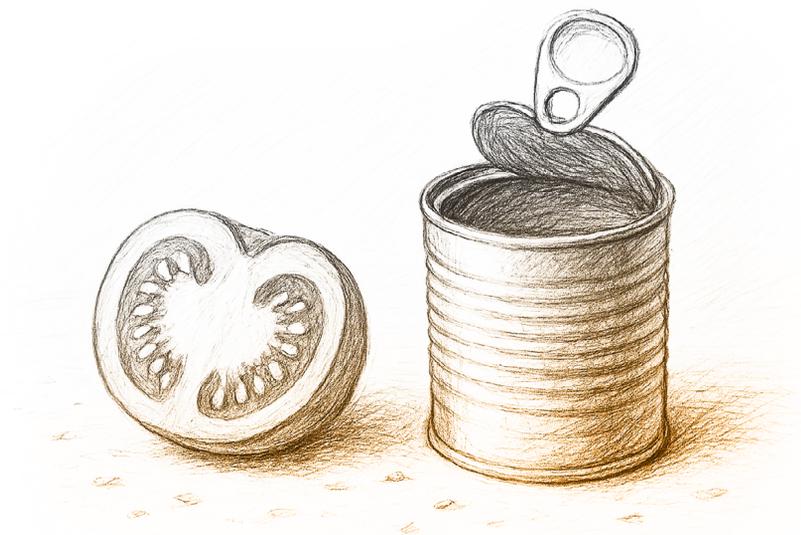
Tras esperar 20 minutos más finalmente el tren llegó, y como siempre, venía hasta reventar. Con esfuerzo pude entrar y acomodarme cerca de una ventana, el aroma a sudor es tan fuerte que provoca que la gente vomite, y junto a ese olor, es todo un buffet de aromas. No les culpo, nadie se ha bañado a diario en los últimos años. Preferimos mil veces tener algo que beber, a ducharnos o tener baños. Cavamos letrinas en el yermo y cubrimos de tierra cuando se llenan, es práctico y ahorramos demasiada agua.

Sujeto mis cosas con fuerza para que no me roben nada y me quedo mirando hacia la ventana, diría que, disfrutando de la vista, pero en lugar de paisaje parece el infierno hecho realidad. Gente moribunda, campos secos y llenos basura. No queda nada.

Ni un lugar donde tomar la sombra ni donde pararse a respirar aire fresco, algunas nubes se dispersan, para mostrar la densa capa de basura espacial que fue enviada como último recurso para deshacerse de las toneladas de desecho que producíamos al año. El mundo estaba en sus últimos años y no quisimos aceptarlo.

Tras esperar una hora, llegué a mi destino. Un instituto de investigación para tratar de extender nuestra supervivencia más años, aunque en realidad pareciera que nos dedicamos a extender nuestra agonía. No tenemos la tecnología suficiente como para desarrollar curas a enfermedades nuevas, o alimentos nuevos que resistan condiciones extremas, ni siquiera alguna manera de revertir los efectos de la contaminación en el agua o los suelos. Solo estoy aquí porque me dan dos latas de comida al día que nos sirven para vivir al día, además me dejan llevarme pruebas fallidas de comida experimental que, aunque no sea saludable, llena el estómago. Con las pocas máquinas que tenemos hacemos milagros, yo fui el diseñador del filtro que tenemos en casa y lo compartí con el instituto, el cual se encargó de crear bastantes como para repartir en una zona del país.

Tras ocho horas de trabajo, regreso a casa con dos latas de comida y con suerte las sobras de la experimentación del día, hoy tuve suerte de llevarme conmigo un par de jitomates artificiales los cuales deberían crecer en tierra infértil, sin embargo, no tienen sabor, es como morder tierra. Aun así, algo es algo. De regreso a casa, vi a un señor leyendo un libro que parecía haber sido escrito recientemente, las hojas eran reutilizadas además de tener ese color amarillento que deja el agua cuando hacemos hojas nuevas con el agua contaminada. Al ver las imágenes, supe inmediatamente de lo que hablaba.



Llegué a casa y vi un par de velas encendidas, ya eran las 2 am por lo que supe que eran mis padres. Y así fue, al verles los abracé con fuerza, no sabía si volverían. Mi hermana dormía nuevamente, ya casi no la veo despierta. Me acerqué y dejando un beso en su mejilla, dejé en sus brazos un pequeño peluche que me regalaron en el trabajo. Después de sacarme la ropa me fui a dormir, sin ducharme y únicamente habiendo comido la mitad de una de las latas que me dieron hoy junto a un jitomate. Al recostarme miraba el techo tratando de conciliar el sueño, quedarme a solas con mis pensamientos era uno de mis temores, pues comienzo a divagar y pensar en tragedias. Esa noche no fue la excepción. No dejaba de pensar en aquellas imágenes, era como volver a vivir el pasado.

Grandes nubes en forma de hongo, los cielos oscuros por las nubes, en una imagen se veía el césped y a la siguiente el yermo que ya todos conocemos, los cadáveres apilados y los países destrozados. Esas eran las imágenes que más se repetían en mi mente. La última Gran Guerra es como la conocemos hoy en día. Solo han pasado siete años y pareciera que sucedió ayer.

Nos acabamos los recursos. O simplemente, los volvimos imposibles de ocupar. Agotamos el agua, después siguieron los alimentos, siguieron las plantas y animales y por último el aire fresco. Y como siempre, el hambre de poder hizo que los líderes mundiales tomaran la peor decisión, según ellos por el pueblo, pero pareciera que fue más por controlar el mundo. Guerra. Suena lógico, pero tengo que decirlo: las potencias mundiales desaparecieron. Ya saben a cuáles me refiero, se atacaron entre ellas y desaparecieron de la noche a la mañana, las bombas fueron tan brutales que el daño se extendió de país en país. Ya no hay potencias, la población mundial se redujo a menos del 50%. El fin estaba cerca y no quisimos cambiar.

Los mares bajan de nivel cada vez más, ya no existen los polos, y más del 95% de las especies de animales desaparecieron, el clima se hace cada vez más extremista y los desastres naturales son nuestro pan de cada día. Ya es tarde para nosotros, no tenemos oportunidad. La comida se acabará en algunos años y el agua escaseará aún más de lo que ya lo hace. Estamos en el año 2031, creíamos que aquel día demoraría más tiempo en llegar, nunca pensamos que el final estaba tan cerca.

Finalistas

La chancla de Refugio

Miguel Angel Aguilar Ibarra

«Socon Tono»

Cada que caminaba se oía como arrastraba pequeñas rocas con sus chanclas de plástico. A lo lejos se confundía con un toro en ruedo, levantando espesas nubes de polvo café que se juntaban para ser torbellinos de furia relampagueados por las lámparas de la calle. A Refugio ya le dolía la quijada de tanto que la apretaba, pero las que en realidad sufrían eran sus muelas superiores al estarse friccionando con las coronas dentales hechas de níquel. Tenía la mirada fija en las puertas vaivén de la cantina El Incendio donde salían carcajadas de hombres, estruendos por colisiones de barro, estallidos por cachetadas y la habitual colilla de cigarro semi apagada. Refugio se asomó por encima de las puertecillas y rastreó el establecimiento. En medio de la multitud báquica se encontraba Justino con un ojo abierto y un tarro de aguardiente en la mano mientras la mujer que estaba sentada en sus piernas jugaba, en su representación, una partida de dominó cubano. A Refugio le llegó la periódica sensación de una puñalada en el estomago la cual suprimía mediante un recordatorio de su orgullo. Se incorporó

agresivamente dentro del recinto chocando contra briagos que a duras penas podían mantenerse parados mientras bailaban con mujeres de curvas voluptuosas y escotes parabólicos. Tiró varios tarros de las mesas al verse enganchados y remolcados por los hilos de lana que sobresalían de su rebozo. A pesar de que las notas desafinadas del acordeón abrumaban el ambiente, Refugio no tenía espacio en su cabeza más que para el reproche hacia su esposo. Cada paso que daba sentía como le hervían las sienes por el coraje. Llegó a la mesa de lámina y se quedó reflexiva observando cómo la mujer que estaba sentada en las piernas de Justino ni se inmutó por su presencia. No fue hasta que Justino balbuceo « fugio!» que la mujer volteó hacia su izquierda para ver que sucedía con su cliente predilecto para después voltear hacia la derecha y coincidir con lo que estaba viendo. Reconoció a Refugio pero la indiferencia la sobrecoigió; se cambió de silla y siguió jugando. Justino, confundido por la falta de peso en sus piernas, la volteó a ver para después observar su tarro y darle un trago prolongado con el que solo dejó unas gotas dignas de formar un charco en un pétalo.

—Justino ya vámonos por favor! —dijo Refugio.

Justino la contempló y le balbuceó algo inaudible, después dio una carcajada deforme para convocar a sus acompañantes de mesa los cuales siguieron en su juego sin quererse involucrar en la engorrosa escena. Justino permaneció incapaz de incorporarse a su realidad. Refugio lo agarró del antebrazo y lo jaló bruscamente provocando que Justino tirara el recipiente de barro y una charola de cacahuates españoles. Nadie en la cantina daba importancia a lo sucedido, parecía como si ese tipo de escenas se repitieran a lo largo

de la noche; cual concurso para saber quien de todos los alcoholizados era el menos requerido en su casa. Salieron del lugar y en cuanto Justino recibió la trompada del sereno álgido se tiró de bruces y vomitó. Justina examinó sus alrededores para saber si alguien había percibido aquella escena nauseabunda, pero a esas horas de la noche los únicos despiertos son los malvivientes y las fulanas, y ambas personas estaban confinadas en El Incendio. Al terminar, Justino quedó desguanzado y reducido a un costal de huesos. Refugio se agachó y pasó el brazo izquierdo de Justino por atrás de su cuello mientras lo jalaba para hacer palanca. Al mismo tiempo colocó su brazo derecho alrededor del torso de Justino como para cargarlo con cada paso que diera. Renqueando, transitaron por la calle.

—¿Por qué me sigues haciendo esto Justino? ¿Por qué sigues en esos arrabales si antes te quedabas todas las noches conmigo?, teniéndonos. Me decías que se te hacían eternas y que por eso descansabas. Ya sé que me guardas rencor por no poderte dar a alguien que te ayude en el campo, pero no es mi culpa. Nadie en mi familia ni en el pueblo había pasado por esto. ¡No había motivo siquiera para creer que existía tal maldición, y aunque lo hubiéramos sabido, no es razón para que tu estés así y yo para aguantarte!

Justino gruñó en su inconsciencia y tosió mientras un hilo de saliva bajaba de su boca y se perdía en la tierra de las calles. A lo lejos sólo se escuchaban las cigarras en los plantíos y un esporádico ladrido de un perro amarrado en la oscuridad.

—Bien sabes que yo pude haber terminado con Guillermo Juárez y que lo conocí mucho antes que a ti. Que era trovador y que venía a mi casa y me cantaba boleros al atardecer. Me enamoraba

con su guitarra. Me decía que nos íbamos a casar y que me iba a llevar a vivir a la ciudad. Estoy segura de que él no me trataría como tú me tratas, aun estando en la misma situación. Ahorita viviríamos felices en una casa enorme con música rondando por cada habitación y pasillo. A veces llego a pensar que tú fuiste el que lo empujó al pozo del balneario. ¡Que tú eres la verdadera maldición que me persigue! ¡Que tú eres el diablo!

El hule de la chancla que le pasaba por los dedos se desprendió de tanto que la había arrastrado. Refugio la dejó en el camino y siguió su procesión con una sola chancla percutida.

—Te aprovechaste de la fragilidad de mi luto. Cual demonio me acechaste hasta que tropecé y me usurpaste la vida. ¡Llegaste disfrazado de hidalgo y ahora te revelas como lo que en realidad eres, una bestia!

Por fin llegaron al zaguán donde Refugio maniobró para abrirlo con una sola mano. Ya su rostro mostraba más el cansancio emocional que el físico por cargar a Justino el kilometro que era hasta su casa. Con una puntada del pie descalzo empujó la puerta y se metió primero ella de perfil para después meter a Justino cuidando de que no se fuera a golpear con el marco de la entrada. Lo sentó en el equipal que tenían en el comedor y regresó a cerrar la puerta. A la distancia vio como la luz de la luna se reflejaba en los maizales asemejando una pileta de agua. Suspiró y caminó hacia la cocina.

—¿Vas a querer cenar?

Justino ya roncaba con la cabeza colgándole hacia atrás como un pollo muerto.

Las escaleras al paraíso

Miguel Fernández Hernández

«Edgardo Rodríguez»

La miró fijamente. Tras la cortina de polvo suspendido en el aire e iluminada por el sol, la encontró párvula y bella, estoica. La puerta que se hallaba abierta le permitió acceso sigiloso. Carmen, cual, si estuviese esperándole, no hizo gesto alguno por reconocer con los ojos al visitante que no trató de ocultar su presencia, ya muy adentro y tirando el peso hacia adelante, haciendo equilibrio en la parte baja de la espalda, el visitante prestó atención a los labios rígidos que comenzaron a moverse cautelosamente. —Si no te molesta, pon la tranca esta vez —dijo Carmen con el tono severo que en pocas ocasiones se le pudo oír. Sin despegar los ojos del tejido de estambres rojos que sostenía en las manos, atendió con un movimiento de cabeza a que el invitado pasara a sentarse junto a ella, en la silla contigua que esperaba paciente en un intento por levantar los humos del recuerdo, cual si de una porción de polvo flotante se tratara. El visitante, un ahora Ricardo perdido de toda sensualidad, se dio alcance de la silla, no tan antigua para reconocerla, para



descansar de la larga subida de 127 escalones que la cuesta brindaba a modo de reto, bajo el árbol, ambos, podían completar el resto de vida que les quedaba.

Las cinco de la tarde, en horario de invierno, congelaban en lo más profundo del universo las memorias, el sofocante calor de la periferia de la ciudad ahogaba los ruidos que en la parte alta de la montaña asediaban a los habitantes. Tras el frondoso árbol de ahuehuete oloroso, con su aroma a tierra barrida, se hallaba la casa que un día fue de ellos, del fraternal matrimonio aburrido, heredada por el linaje de una bisabuela jamás conocida. Era amplia a su propio modo, rodeada de altas casas en obra negra pero recubiertas de siempre vivas enredaderas verdes que la bisabuela había ordenado, la casa la dimensionaban a simple vista más larga de lo que en realidad era, fiel a sus manías de ingenieros, fue medida doscientas cincuenta veces para tener siempre el mismo resultado. Medía el ancho de una casa normal por el frente que daba hacia la cuesta de escalones, de ancho, en realidad de fondo, lo de tres predios usuales, construida por todo lugar posible, con todo tipo de arquitectura modesta que se prestara a voluntad de nacer, y que por ordenanzas de la matriarca desconocida se habían dejado tres octavos de terreno no rectangular para árboles de raíces cortas y jardines de olorosas begonias, rosas y modestos arbustos de *Callistemon citrinus*. Un dulcísimo insomnio.

Tras largos minutos de sepulcral silencio Ricardo tomó camino hacia la cocina, con la confianza de un propietario revivió la costumbre de hablarse a gritos de un lado a otro de la larga casa, las construcciones vecinas, ahora más altas, aumentaban el pálido

eco haciendo posible la comunicación. Con su gruesa espalda, movimientos torpes, su latonada piel y el hecho de darse de bruces con los muebles nuevos, le permitieron preparar la infusión de limón y menta. Los gritos animosos que preguntaban por el paradero de la azucarera, de la miel y la tetera, eran contestados por la imperturbable voz de una apagada mujer, cariñosa y comprensible, sí, pero muerta.

Llegaron juntos a habitar la casa, la encontraron tirada y descuidada por años de abandono, la familia de Carmen, bisnieta de la desconocida, había preferido alejarse de la propiedad por el temor que los rumores de vecinos sembraron en ellos. —Dicen que esta casa te roba la vida— explicó Carmen entrando con maletas en mano —No puede robarle ni la alegría a uno, basta con oler las flores, eso óyelo bien— replicó .

Ricardo con aire inocente de entusiasmo, corría hacia las begonias dejando a su mujer cargar con el equipaje. No se supo más de una euforia tal hasta la tarde su partida de la casa.

Eran jóvenes a su llegada a la tumba, nombrada así por el mismo Ricardo debido al silencio temible que solo esa casa ofrecía, recién licenciados de la misma facultad, recién amados libremente por sus edades, vivos por dentro aún. Repartían la limpieza de casa por secciones (las largas habitaciones del este de una sola planta, los contrastantes cuartos cuadrados frente a las últimas y las piezas que habitaban ellos) así como su tiempo para el trabajo que hacían sin necesidad, las herencias recibidas por ambos, cuantiosas en los dos casos, les facilitarían una cómoda vida por el resto de sus existencias e incluso para su descendencia; mas la pasividad

les obligó a salir a ofrecer sus servicios laborales y por las noches, esta misma, les mantenía el sueño aprisionado para limpiar hasta desfallecer.

Ricardo analizaría años después que esta fue la razón para no tener los hijos que tanto deseó «No teníamos tiempo».

La plática bajo el inmenso árbol que cubría gran parte del patio (que se cuidaba siempre dar suficiente luz a las flores del jardín) se había vuelto amena y cálida. Acompañada en la penumbra que la ausencia del sol que cae daba a la casa, se encontraba el reflejo que la poca luz de día emitía contra las cosas amarillas que estaban cruzando el callejón escalonado, la calina de un pesado día y el intenso aroma de jardín apaciguaban cualquier ánimo. Ricardo miró ligeramente a su antigua mujer, la halló mucho más bella de lo que se imaginaba, más jovial, inmóvil de muñecas hacia atrás, los metálicos roces de los ganchos de costura y los respiros pausados dieron al aire una confianza inocua. Sentado en la silla, fundido a ella, se sumergió en lo profundo de su mente, hipnotizado por las figuras moteadas de las sombras del reflejo amarillo, se hundió en la pila enorme de noviembreros y abrileros rotos, su vida, la poca que le quedaba, se la pasó a sorbos junto a la taza de infusión, clavó los hombros en el respaldo de la silla, penetró su mirada en la pared repleta de hojitas verdes de la enredadera, se quedó sordo, no más respiros pausados de Carmen. Ni suyos. Se fue.

La tarde, mejor dicho la noche, que se fue, el hastío le sorprendió en la monotonía de regar las plantas en macetas del corredor que ellos habitaban, se descubrió con los latidos consumidos y su júbilo evaporado junto el rocío del pasto todas las mañanas, procreado en

él la repentina sensación de vacío, la sensación de quien despierta sobresaltado del sueño con un sabor a cobre en la boca. Un recuerdo tan bien marcado que le resultó siempre molesto. Recorrió el pasillo sin soltar la regadera de aluminio, buscando exasperadamente a Carmen, la ubicó por fin en la cocina breve, remendando una falda caqui que usaba los sábados para limpiar la casa, detenido y en silencio en el marco de la puerta observó con detenimiento la escena, comparándolo fugaz con un cuadro renacentista; vio a un despojo de la mujer que amó, sorprendido de no advertirse nunca del cambio, un espectro cansado, lastimoso de observar por la ojeras profundas bajo unos ojos sin resplandor, con la obligación casi religiosa de remendar un trozo de tela gastada y abominablemente sucia que hacían pasar por prenda de vestir, forzada a terminar para cumplir abnegada con el autoimpuesto deber de la limpieza.

Sus anchas espaldas tomaron pues, la encorvada forma hacia atrás que le acompañaría el resto de su vida, acosado por el miedo abismal de verse reflejado en ese ser que alguna vez amó, corrió despavorido pero en silencio a la alcoba, dejó en la mesita de dormir la regadera de brillo metálico, alcanzó a tomar, aunado a la ropa que llevaba puesta, un poco de ropa, presuroso se encaminó hacia el largo trayecto que le pondría fuera de su tumba, procurando no ser escuchado dejó sin atrancar la puerta de madera pues esta resultaba escandalosa al cerrar. Bajó los interminables escalones, bañado en un frío sudor, de miedo más que de cansancio, y no volvió a aparecerse por allí.

A la vuelta de su quimérica somnolencia, Ricardo con la taza fría y sin saber cuánto tiempo se había perdido en la inmensidad

de su palacio mental, atinó buscar con la mirada a su compañera de tarde, sorprendido por su ausencia se levantó errante de la silla, con su encorvada espalda, caminó dentro de la pieza que compartían, fijando su mirada en las paredes que se hallaban carentes de retratos, de cualquier seña de vida, puso más atención aun en las paredes manchadas de humedad. Pasó por la cocina en la que antes había preparado las tazas y desconcentrado vio que esta se encontraba casi en el abandono, con los metales de los grifos oxidados y la madera de los muebles carcomidas por las polillas pensó que su percepción del tiempo podía haber fallado y se sorprendió al pensar en la cantidad de años que tal vez había pasado sentado bajo un árbol con la taza en la manos. —Cuántos años sin probar bocadospensó sin detener su camino hacia la habitación.

El tintineo de unos tacones metálicos atacó sus oídos, alcanzó a oír el rechinado de las paredes y previendo se tratara de algún animal rasgando la pintura se tiró con velocidad hacia la habitación, cerró con llave por dentro, enfilándose hacia la cama para recuperarse de la exaltación, se notó asaltado por el cansancio de los años, de la culpa, desmayándose estrepitosamente en la cama vislumbró las estrellas que brillaban en la oscuridad pegadas en el techo que hacían de decoración, volando hacia el sueño sintió de a poco cómo recobraba el conocimiento, se hallaba casi bien.

En la penumbra de la alcoba, sintió el manto de la frescura crepuscular, el anterior ambiente espeso y gelatinoso se tornó rápidamente en una apacible atmósfera, se sintió rodeado de unos ardientes brazos, desinhibido de todo sentido moral se dejó magrear por el ser al que momentos antes, con su metálico sonido, había

temido. Sintió su sexo exhibido y una pasión desbordada, tomando todo de él percibió en su cuerpo el placer carnal que nunca logró, ni en sus años en el lecho nupcial, ni en sus variadas experiencias tras la huida. Se sintió librado de peso con el deleite terminado, dispuesto a dormir en el más absoluto silencio, las garras ahora heladas le despedazaron las carnes sin provocar el más mínimo dolor. Flotando encima de su cuerpo despedazo, como una partícula de polvo suspendida en el aire, alumbrado por la luz cálida de la tarde noche que se fue, ya sin la presencia del espectro, se elevó por los escalones del callejonzuelo, con la cima repleta de estrellas fluorescentes, ascendiendo hacia la bóveda como parte de ella, por la escalera al paraíso entre ese denso olor flores de jardín.



¿A dónde se van las cosas?

Diana Paulina Flores Martínez

«Cyx»

Eran como las 2:00, lo sé porque no tenía mucho que había llegado de la escuela y acababa de comer. Sonó el teléfono y como si yo estuviera con la oreja en la bocina; lo supe, muchos creen que imagino, pero de veras que desde ese momento me llegó el olor a ébano, como él decía.

No me puse triste ¿por qué iba a estarlo? Y mientras la llamada en el teléfono se oía de fondo yo recordé el día que se fue de casa, bien tempranito y sin decir adiós. Lo veía doblar sus cosas y meterlas a la cajita azul que siempre estuvo bajo su cama, ¿a dónde van las cosas? Le pregunté yo, «unas van aquí y otras allá» respondió lanzando una miradita enternecedora.

No entendía mucho, pero algo dentro de mí me indicaba que no debía hacer muchas preguntas, así que sólo me quedé ahí mirando. Alzaba una cosa, la veía, se quedaba pasmado como que pensando algo y luego la metía a la cajita junto con las demás.

Ahí estuve un buen rato, casi sin moverme y queriendo decir que no se fuera. Al poco rato mamá entró y dijo que ya era hora, corrí a la cocina, agarré de la barra el dulce que no me había comido y le dije que se lo regalaba, «muchas gracias» contestó mientras me tocaba la mejilla como sólo él sabía y se daba la vuelta para cruzar la entrada, mirando apenas de reojo hacia atrás.

Cerrando la puerta las cosas volvieron más o menos a la normalidad, unos días pasaban rápido y otros se hacían largos-largos.

Una tarde mientras jugaba dentro de la casa me arrastré en el piso, porque así es más fácil, y para mi sorpresa, encontré al lado de su cama la cajita azul, yo me asusté ¡No se la había llevado! corrí para decirle a mamá casi a gritos, que sus cosas, su cajita, mamá que las debe de estar buscando ¿No te das cuenta que eran importantes? Tal vez piensa que las perdió, pero ¿qué haces que no agarras las llaves y se las vamos a dejar?

Ella tan tranquila que parecía no entendía la gravedad, después de unos instantes sólo me dijo «mejor hay que guardarla aquí y que no se vaya a romper». ¿Qué podía hacer? Al final mamá siempre tiene la razón.

Llegaron las aguas y «con ello las gripes, por eso hay que jalarse un buen chal» recordé mientras salía a la calle, ya había olvidado cuántos días habían pasado desde que ya no estaba, creo que todos, aunque a veces mamá y papá hablaban bajito en su cuarto y si yo me acercaba se empezaban a reír como si yo hubiera escuchado mal.

Me despertó el sonido del teléfono al colgarse, mami me volteó a ver y con una sonrisa que hacía más de mueca que de sonrisa, me dijo que agarrara mi suéter porque íbamos a salir.

De las siguientes horas recuerdo muy poquito, pasaron rápido con lapsos muy largos, nadie hablaba conmigo, creen que porque uno es muy joven no entiende las cosas y que no hay necesidad de hablar o decir algo.

Al día siguiente una de las primeras cosas que hice al llegar a casa fue ir por la cajita azul, estaba en el estante muy grande que se encuentra en la sala y con ayuda de una silla la bajé. Pesaba un poco así que, sin preguntar, pero con cuidado de que no me descubrieran la abrí; había fotografías de todos, recuerdo haberlas visto colgadas en la pared, un sombrero de ante, una camisa muy nueva, su reloj favorito y una carta que no me atreví a abrir. Y ahora, ¿Dónde iban a ir todas esas cosas? Tal vez se quedarían por siempre en esa caja, o a lo mejor se las probarían todos y se las llevaría la persona a quien le quedara mejor, como cuando me dicen que saque la ropa que ya no me queda. No lo sé.

Esa idea me estuvo dando vueltas durante varios días, ¿dónde irían?, ¿por qué no se las llevó? Y las que sí se llevó ¿dónde están?, ¿qué hicieron con ellas?

Puse la cajita bajo mi cama.

Después de unas semanas nos volvimos a juntar todos, en la casa no cabía ni uno más, pero sí hacía falta alguien. Su lugar estaba vacío. Intentaban llenar el espacio con risas muy fuertes, chistes cortos y miradas fugaces, pero en el fondo todos pensábamos lo mismo.

Nos sentamos en el comedor que tantas veces nos vio juntos, con las sillas que por centésima vez alguien decía que ya hacía falta cambiarlas. Tomamos cubiertos y como si nos hubiéramos puesto

de acuerdo; nos volteamos a ver entre todos, fue tan incómodo e inesperado que simplemente nos echamos a reír y en ese instante, mientras veía al de enfrente y me daba cuenta que sus ojos miraban con la misma tranquilidad de él, mientras escuchaba el estruendo en forma de carcajada que provenía del lugar en la esquina y era tan contagiosa como la que todos siempre supimos identificar, mientras recordaba que nadie podía sostener que sólo por casualidad la mayoría tenía un lunar en la oreja y que como me dicen todos, saqué su nariz y el color de sus labios, fue entonces cuando entendí a dónde van las cosas:

Unas aquí y otras allá.



Estación alternativa

Aldo Juárez Meza

«Sir Wingy»

La profesora de lectura nos había dejado asistir a una obra de teatro para concluir un tema que abordaba la puesta en escena. Mis compañeros y yo llegamos tarde a la primera función por esperar a la novia de uno de mis compañeros. Estuvimos afuera del teatro mientras nuestra cabeza se enfriaba y las ideas comenzaban a fluir libremente; resolvimos después de varios minutos de pretextos por los que preferían perder la calificación, entrar a la función de la tarde sin importar que saliéramos en el ocaso. Después de visitar algunos museos salimos hambrientos, comimos en un pequeño restaurante, jugamos sobre los verdes pastos de un parque muy bonito de la zona igual que niños y nos columpiamos muy alto mirando al sol entre las ramas de los frondosos pinos y eucaliptos hasta que llegara la hora de regresar al teatro.

Veinte minutos antes partimos dirección al teatro, esta vez fuimos los primeros en llegar a la taquilla y apenas terminamos de comprar los boletos una cola de estudiantes ya se había formado a nuestras espaldas. Sonreímos triunfantes y entramos al lugar.

Tomamos nuestro tiempo decidiendo las golosinas que llevaríamos a las butacas, decidiéndonos por un paquete de palomitas y chocolates. La pareja compró por separado. Entramos a la sala totalmente a oscuras mientras nuestros ojos se acostumbraron a las bajas luces que únicamente dejaban ver los respaldos de las butacas enumeradas con etiquetas rotas, descoloridas y desgastadas, nos sentamos en la fila situada a la mitad de la sala sin hacer ruido para evitar que los acomodadores nos mandaran a las primeras filas.

Poco a poco la sala se fue llenando hasta su máxima capacidad y esperamos la primera llamada que nos sugería apagar los celulares. Una media hora después comenzó la función y nos dispusimos a verla, al menos todos los que no fuimos con pareja. Una hora y media más tarde todos aplaudimos fuertemente a los actores arriba del escenario haciendo reverencia con la escenografía de la última escena aun detrás de ellos. Las luces encendieron para permitirnos salir, revelando una multitud que se aglomeraba en los pasillos estrechos; cuando conseguimos salir apretujados entre los demás estudiantes, el sol de la tarde nos deslumbró y el aire fresco se filtró por nuestras narices. Caminamos hasta la estación del subterráneo que se encontraba demasiado lejos del teatro y el ocaso comenzaba a hacerse presente lo que significó un transporte al estilo de sardina enlatada acompañada con un calor infernal y momentos incómodos para poder sostenerse de los pasamanos. Entonces uno de mis compañeros realizó una propuesta peculiar a mi parecer.

—Tomemos la línea alternativa del metro —dijo muy seguro de sus palabras y todos lo miramos extrañados, pues sonaba a disparate lo dicho.

—¿Una estación alternativa? —preguntó mi compañero tomado de la mano de su novia.

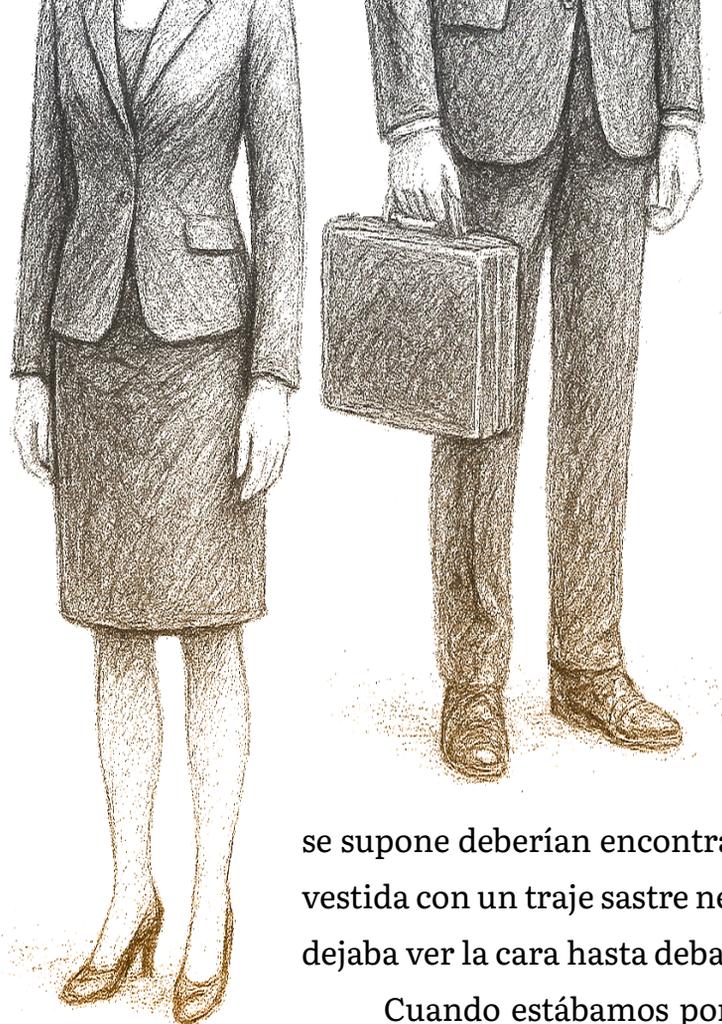
—Sí, mi hermano aborda en esa estación para ir a casa, solo aquellos de mejor economía o de altos puestos de trabajo en el gobierno lo usan, y por ello no se llena a estas horas como el transporte convencional.

—Entonces llévanos a la estación antes de que oscurezca más —contesté con tono desesperado debido al tiempo.

Caminamos por calles poco transitadas y edificios que se miraban de época, el sol iluminaba aún menos dándole terreno a las sombras. Por fin llegamos a una estación que se encontraba adentro de un edificio de antiguo con apariencia de abandonado. «Si alguna vez llegué a pasar por aquí no me di cuenta de que era una estación alternativa, ¡vaya que las esconden muy bien para el resto de las personas!» —pensé, esforzando el cuello hacia arriba para ver el alto edificio. De aquel lugar no vimos entrar a nadie y mucho menos salir, Luis comenzó a entrar a la estación y nosotros lo seguimos detrás con pasos vacilantes, yo miraba de un lado a otro el estrecho y largo pasillo apenas iluminado con luces tenues que tenían tonos violetas, llegamos al final del pasillo y nos encontramos frente a unas escaleras que se veían igual que un muro escalonado debido al ángulo empinado, subimos por ellas y llegamos a un enorme lugar iluminado con luces violetas bastante débiles, el techo poseía una cúpula con una enorme hélice de ventilador, caminamos a través de la explanada y encontramos una mesa de billar, algunas barras con los vasos y copas destellando aleatoriamente y una especie de maniqués muy realistas que a primera

vista pensarías que son personas... En realidad la estructura y decorado se veían demasiado extrañas para una estación de metro, el toque lujoso y espeluznante me aceleraba la respiración. Conforme caminamos dirección a un nuevo pasillo al frente, los maniqués comenzaron a ser más constantes, cosa que resultaba extraña pues no se veían desde lo lejos, simplemente comenzaban a aparecer de la nada igual que un videojuego revelando imágenes conforme avanzas.

Luego de recorrerlo dimos vuelta a la izquierda encontrando una sala más pequeña con sillones y sofás pegados a las paredes, frente a ellos algunas mesitas con floreros vacíos o copas dulceras en el centro y una cantidad considerable de esos... cuerpos inertes que yacían parados en grupos y parejas, esparcidos por todo el espacio. Comenzamos a tener miedo y un enorme silencio nos presionaba como si estuviéramos sumergidos en alguna especie de líquido denso y cristalino. Decidimos caminar lentamente pegados a los sofás, casi de puntas asegurando no hacer ni el más mínimo ruido. Encontramos la salida al andén custodiada por una mujer que tomaba de la mano a su hija de al parecer cinco años de edad, la sangre se me heló y me quedé parado deteniendo el flujo de los que estaban atrás de mí, nos detuvimos justo al lado de un sofá gris muy elegante y a unos cuatro metros de una pareja bastante espeluznante, el sujeto vestía un traje negro muy bien planchado que le daba elegancia y de la mano derecha sujetaba un portafolios negro algo ancho, lo extraño es que su rostro se encontraba cubierto por una especie de máscara gris pegada al rostro que dejaba ver algunas facciones y un sombrero negro sombreaba los espacios donde



se supone deberían encontrarse los ojos, a su lado ella vestida con un traje sastre negro y un sombrero que no dejaba ver la cara hasta debajo de la nariz.

Cuando estábamos por retomar el paso, el celular de Luis comenzó a sonar y los cuerpos inertes cobraron vida comenzando a caminar hacia nosotros, la pareja estaba muy cerca de llegar a nosotros, entonces, mi compañero sacó su celular y colgó rápidamente, automáticamente los maniquíes o cuerpos, o lo que quiera que fueran dejaron de moverse quedando en su última posición, apresuramos el paso y solo quedaba pensar en cómo evadir a la madre y su hija custodiando el paso a los andenes. Bueno, tal vez pasaríamos corriendo al escuchar el tren frenar en el andén y resultaría más fácil huir de dos cosas en vez de las que llenaban la sala. El celular de Luis comenzó a sonar nuevamente y lo volvió a sacar rápidamente intentando apagarlo con manos torpes, lo tome y lo avente cerca de la pareja extraña que corrió a apagarlo a pisotones

hasta deshacerlo en pedazos y cuando el sonido cesó se detuvieron de nuevo, pero la pareja se encontraba ahora a la altura de la mesa de centro que correspondía a los sofás de los cuales nos encontramos al lado. Su cercanía aceleró todavía más mi corazón y caminamos a paso apresurado, entonces tropecé con la pata de un sillón delatando nuestra posición y la pareja extraña se dirigió a nosotros apresuradamente, atemorizado miré a los pasillos que daban a los andenes y la entrada por la cual entramos se observaba tan lejos; el sonido del tren llegando se escuchaba apenas. El temor nos tenía sujetos y la pareja se acercaba aún más con el sujeto en la delantera, me subí al sillón pegándome a la pared como si no me fuera a alcanzar y entonces miré de cerca el rostro cubierto que esbozaba una mueca diabólica estirando su brazo hacia mí, mire a mis lados y mis compañeros ya habían sido agarrados por el grupo de esas cosas. La mano del sujeto estaba por agarrarme y... desperté de golpe con el cuerpo bañado en sudor, eche una mirada a mi cuarto bastante confundido y alegre a la vez, los rayos ya entraban por la cortina de la ventana, entonces baje de la cama de un salto, miré el reloj de la mesa de noche y al lado mi celular vibró anunciando un mensaje: «Compañeros, les informo que llevaré a mi novia a ver la obra de teatro y por ello quiero que me acompañen a esperarla en el lugar que quedamos, espero no se molesten, nos vemos allá». Después de prepararme me colgué la mochila que tomé del perchero y cerré la puerta de mi casa tras de mí.

Atardecer

Fátima Teresa García Fierros

«KJWQPXB»

Naranja. Una franja naranja oscuro y con tintes morados que sigue el contorno de la sierra, dibuja su silueta para darle un talante de sobriedad mientras el aire tibio de la tarde que muere envuelve todo.

Lentamente la luz se va, tan gradual que permite a la vista acostumbrarse sólo para notar unos minutos después que el Sol se ha ido pero el cielo retiene determinado los matices del atardecer, con un gradiente de azules, rojos y naranjas en el horizonte que resalta las formas que carentes de volumen se yerguen más imponentes.

La oscuridad a nivel de piso y al frente se vuelve desconcertante y asusta, invita a la imaginación y los sentidos confundidos a mantenerse alerta, cada estímulo se convierte en una amenaza, árboles y ramas se transforman en garras y zarpas al acecho, un ave en busca de su nido parece augurar un ataque inminente. El desconcierto da paso al temor y este al terror. ¿Es que acaso Pan se encuentra paseando cerca? El aire antes tibio es ahora casi gélido, estremece y parece calar hasta lo más profundo para quedarse ahí, una constricción y frío en el pecho y el alma que nublan la mente.

¿Es este el momento en que todo termina? ¿Con terror y desesperación?

No. Mirar hacia arriba es la solución. ¿Cómo pudieron pasar desapercibidas? Pareciera imposible que desde tan lejos y con una temporalidad tan distinta la luz vuelva, pero al mirar hacia arriba aparece de nuevo. Desde estrellas a millones de años luz la salvación llega. Es extraño como voltear y ver el cielo lleno de pequeños puntos luminosos que titilan puede ser tan relajante. Las estrellas proveen una sensación de confianza que mitiga el miedo y la soledad. Unos cuantos giros de cabeza y, sí, ahí está, Polaris. Conocer la ubicación propia, por más vaga que sea, es muy efectivo al dar un sentido de seguridad. Siguiendo el ejemplo de aquellos navegantes de antaño que se valían del cielo para poder sobrevivir ante la dura indiferencia del mar a la fragilidad humana el horizonte traza el rumbo. A un par de kilómetros, pasando altas y difíciles de subir pendientes aparecen por fin. Luces. Un pueblecito duerme a las faldas del cerro. Apenas una manchita luminosa en la distancia con sus lámparas en lo alto de los postes que cubren las calles con un frío lustre naranja.

Con el mismo miedo de la infancia al apagar la luz de un cuarto solo para salir corriendo con una sensación fría y pesada de acecho a espaldas, los últimos metros pasan en una apresurada y frenética carrera hasta algunas bien entrado el pueblo. Ahí, bajo la luz de una lámpara y con casas llenas de personas tranquilamente durmiendo alrededor la seguridad regresa y el terror se disipa con un último escalofrío. A lo lejos la oscuridad retrocede, el miedo esperará hasta otra oscura noche para atacar.



5 minutos más

Elena Guzmán Torres

«CANDYROCKY»

Desde que tengo uso de razón he sabido que viviré 60 años, 2 meses, 3 días y 4 horas.

Siempre creí que, como yo, todos sabían cuánto iban a vivir. Hasta que a los 6 años, decidí comenzar a establecer nuevas amistades con preguntas triviales:

«¿Cómo te llamas?» comenzaba, «¿Cuál es tu deporte favorito?» ,»¿Cuánto tiempo vas a vivir?».

Fue en particular ésta última pregunta con la que comencé a notar que algo andaba mal: «Espero que muchos años» contestaban algunos, «¿Y cómo voy a saberlo?»

Preguntaba la mayoría. ¿Cómo van a saberlo? Pues uno sólo lo sabe y ya. O ¿me están diciendo que saben qué edad tienen pero no cuánto tiempo les queda de vida?

Me miraban extrañados, una maestra que escuchó nuestra conversación se acercó y me dijo: ¿Tú lo sabes Javier? En ese momento vi llegar el auto de mi madre y corrí hacia ella confundido por lo acontecido.

Me subí al coche pero no podía pensar ni hablar de otra cosa, de hecho hasta ese momento nunca se me había ocurrido preguntarle a ella cuánto iba a vivir, parecía el momento adecuado.

—Eso sólo lo sabe Dios—contestó, la miré con cara de espanto.

—Pero si me alimento bien y hago ejercicio espero vivir mucho tiempo —me dijo como si tratará de enmendar sus palabras. —Y aunque pudiera —continuó, —no me gustaría saberlo ¿A ti sí?—.

Estaba claro que conocer mi tiempo de vida, no era algo normal. —No—, hice una pausa. —Supongo que no—.

Ese fue el principio de todo.

Dos semanas después llegó mi cumpleaños, mi madre me regaló un elegante reloj de correa y salimos a cenar a un bonito lugar; lo mejor era la enorme alberca de pelotas donde me la pasé casi toda la tarde, hasta que escuche la voz de mi madre: —Es hora de irnos Javi, mañana trabajo y tú vas a la escuela —Ya había colocado su bolso en el hombro, señal de que estaba decidida a irse.

—Mamá, por favor, 5 minutos más —suplique en tono angelical.

—Está bien —me dijo con una sonrisa, —sólo 5 minutos más—. Miré mi reloj nuevo, eran las 7:00 pm, tenía que aprovechar bien mi tiempo, corrí, me revolqué, incluso decidí probar los demás juegos antes de irme, mire mi reloj y ya había pasado media hora «genial» pensé« Mi mamá me dejará jugara uno más», jugué hasta quedar satisfecho, vi el reloj, habían pasado 3 horas.

—¡Mamá! —grité —¿Dónde estás? —ella apareció rápidamente y me dijo:

—Javi, tienes 5 minutos, juega o ya vámonos —No entendí qué estaba pasando, miré el reloj del restaurante y ¡seguían siendo las 7pm!

¿No había pasado nada de tiempo? No era posible. «Mejor ya vámonos» dije de forma casi fantasmal.

Esa noche pensé mucho, pensé que si yo sabía perfectamente que iba a vivir 60 años, 2 meses, 3 días y 4 horas, ese tiempo lo había tomado de alguna parte, porque lo usé, estaba seguro. Llegué a la conclusión de que había ocupado tiempo de mi futuro y lo había usado en mi presente, sonaba a una locura, pero ya no me sorprendía, en lugar de eso me preguntaba si podía hacerlo de nuevo y no tardé en intentarlo. Me costaba mucho trabajo levantarme en las mañanas, así que decidí replicar lo del restaurante cuando mi alarma sonó a las 6:00 am «5 minutos más» pronuncie como si fuesen palabras mágicas, vi mi reloj y cerré los ojos. Desperté y mi reloj marcaba las 10:00am «oh no», pensé, «creo que me pasé». En ese momento mi madre entro al cuarto. —Javi, ya son las 6:00 am, ven a desayunar—. Lo había hecho de nuevo.

Y volví a hacerlo, lo hice muchas veces más. Cada mañana dormía casi 5 horas más y siempre llegaba puntual y descansado, incluso utilizaba el tiempo a mi favor en los exámenes, y era muy lento y nunca los terminaba, así que me daba una hora más durante el examen o unos días más para estudiar antes de presentarlos.

Esto hizo subir mucho mi nivel académico y me hizo acreedor de muchas becas, mi madre estaba muy orgullosa por ello.

Así fue mi vida por varios años, usando el tiempo a mi antojo sin preocuparme por el futuro, pensaba que si estaba quitando

tiempo al final de mi vida, seguramente estaba quitándome tiempo de estar sentado en una silla viendo la televisión «Es mejor ocupar el tiempo en la juventud que en la vejez» me decía a mi mismo.

Creí que sería más divertido si podía aprovecharlo con mis amigos y que las fiestas durarían más, pero nunca lo logré. Definitivamente, sólo funcionaba en mí.

Con el paso de los años comencé a preocuparme de no saber con exactitud cuántos de esos 60 años ya había utilizado. Así que decidí comenzar un registro de uso de tiempo a partir de mis 24 años y decidí cuidarlo mejor.

Casi no lo utilizaba, pero esto cambió con la llegada de Verónica.

Nos conocimos en una presentación de El Lago de los Cisnes, ambos disfrutamos mucho el ballet clásico, pero entrar a la academia Ballet Bolshoi y ser una reconocida bailarina siempre fue el genuino sueño de Verónica. Siempre estaba bailando y era un deleite verla. Hablábamos por horas, salíamos juntos a conocer muchos lugares, la pasamos increíble, el tiempo nunca era suficiente. Ella siempre tenía que llegar temprano a casa, sus padres eran bastante sobreprotectores y siempre tenía el celular en la mano por si su madre llamaba. Siempre lo respeté.

En nuestro primer año de noviazgo decidí invitarla a cenar, nos pusimos a bailar y fue muy parecido a estar soñando. Las horas pasaron y su teléfono sonó, era su madre y debía volver a casa.

—Por favor Verónica, dame 5 minutos más— le supliqué, mientras la besaba fuertemente. No dijo nada, solo me abrazo con fuerza y continuamos con un vals con sabor a eternidad. Los

5 minutos se convirtieron en horas, sin darme cuenta la mirada de Verónica se cruzó con mi reloj —¡Oh no!, mi mamá—, dijo espantada. —Han pasado horas, me matará—, rápidamente tomo su celular para llamarle, —Mamá, de veras lo siento... ¿Qué?—, hizo una pausa —Nada, no pasa nada, creí que era más tarde, voy para allá, también te amo —colgó incrédula.

«No es posible» me dije en voz alta. «Creí que sólo funcionaba en mí», seguía balbuceando. —¿De que estas hablando Javier?

—gritaba Verónica—¿Qué es lo que sólo funcionaba en ti?—, Tomé sus manos, miré sus ojos profundamente y le conté todo.

Estaba asustada pero maravillada y yo también. Desde entonces nuestra relación comenzó a utilizar el tiempo a placer, pasábamos días juntos que descontábamos a un futuro incierto. Era fantástico.

Un día me dijo: —Javier, mi examen para entrar a la academia es en dos semanas, no me siento lista, ¿Podemos darnos unas semanas para ensayar? —No lo dudé ni un segundo, y le di todo el tiempo que necesitó hasta sentirse completamente lista.

La acompañe al examen, lo hizo increíble. Los jueces quedaron maravillados y le ofrecieron sin pensarlo dos veces el protagónico de El Lago de los Cisnes.

Continuamos tomando el tiempo necesario para que quedara perfecto, y también tomábamos algunas horas extras para besarlos más de la cuenta o ir a comer un helado.

El ansiado día llegó. Me puse mi mejor traje y me senté en el mejor lugar del teatro.

Las luces se apagaron, la orquesta comenzó a tocar y Verónica apareció en el escenario con un hermoso salto, cuando de repente,

un estruendo. Verónica se había desplomado en el suelo, se encendieron las luces, corrí y me subí al escenario: —Déjenme pasar — gritaba desesperado, comencé a darle reanimaciones como loco, «5 minutos más Verónica por favor, no te vayas». No sirvió de nada.

Había muerto.

Bajé del escenario hablando como loco —24 años, 4 meses, 5 días —comencé a gritar —¡24 años, 4 meses, 5 días!, sólo 24 años, 4 meses, 5 días.

Escape de ahí, escape de todos y de todo. No salí de mi casa por años, sólo me dedicaba a culparme sobre lo mal que había ocupado su tiempo, «si no le hubiera pedido una hora más para comer un tonto helado, en esa hora pudo haber visto su sueño hecho realidad».

Intenté matarme lo confieso. No lo conseguí, parecía ser que esos 60 años serán completos. No tenía opción. Odiaba vivir.

Un día mi madre tocó a mi puerta, «Feliz cumpleaños Javi», me dijo tiernamente, ni siquiera lo recordaba, ella se veía tan diferente. —Ven a cenar conmigo, vamos a ese restaurante de cuando eras niño.

Ya no me importaba nada, y la vi tan vieja que me dije «Si ella se muere también no sé lo que haré», accedí. Tenía tanto encerrado en mi corazón que a la menor provocación de mi madre le conté todo, desde aquella tarde que me recogió en el auto, hasta la muerte de Verónica. No pareció sorprendida, ni un poco. —Javi —comenzó. —Vivir sólo 24 años no es normal —continuó— ¿Te has preguntado cómo iba a morir? Lo más probable es que Verónica sufriera un accidente, o una enfermedad letal, pero no. Murió haciendo lo que amaba, dime ¿Quiénes son tan afortunados?

No sabía qué decir, pero ella no había terminado. —El tiempo nunca se desperdicia si eres feliz haciendo lo que haces Javier, nunca usaron mal el tiempo que estuvieron juntos.

Yo no podía dejar de llorar, necesitaba esas palabras, las necesitaba desde hacía mucho tiempo.

—Javi, has desperdiciado tiempo, pero aún te queda mucho, es hora de vivir el presente con el tiempo del presente, si lo vives bien, es más que suficiente.

Un mesero distraído interrumpió nuestra conversación: —¿Están listos para ordenar?, oh, lo lamento, no sabía que era un mal momento, ¿Desean 5 minutos más?

—¡NO! —grité, todos los comensales voltearon. —Ya sé lo que quiero.



Atención

Cristian Alejandro Ramírez Ramírez

«K.Y.W.Y»

Siempre quise destacar, gritar y que todos notaran mi existencia. ¡Me volvía loco la idea de hacerlo! Sin embargo, ¿cómo podría tener éxito en ello si mi interacción con los demás siempre terminaba en humillaciones? Analizando a mis compañeros más populares noté que todos formaban parte de alguna especie de club deportivo, ¡ese era el secreto! ¿Quién no admiraría a alguien por sus capacidades físicas? Desafortunadamente me consideraban débil como para pertenecer a sus estúpidos clubs, de cualquier forma, no necesitaba eso, ¡de ninguna manera me volvería tan simple como ellos! Me nació el deseo de hacer algo único, algo que ninguno de mis compañeros haya hecho, algo verdaderamente riesgoso. De entre un mar de ideas finalmente decidí realizar una expedición en solitario a algún lugar elevado, y mediante fotos, todos se enterarían de lo grandioso que soy. ¡El plan era espléndido!

Antes de partir preparé mi mochila con todo lo necesario para mi viaje. Los chicos del anexo comenzarían a tratarme con respeto cuando se enteren de mi gran proeza. ¡Todo tenía que salir

perfecto! Y por si no lo hacía, no le conté a nadie de mi viaje, así evitaría la pena del fracaso.

Al poco tiempo salido de la ciudad me perdí, había tomado varios autobuses con rutas extrañas, mi única guía fue mi celular que de poco sirvió cuando salí del área de cobertura. De algo estaba seguro, estaba en la zona sur del estado, lo sé por los cerros, en alguna clase de geografía había leído que en esta parte del valle se encuentran varios de ellos, que por cierto no eran lo que tenía en mente para escalar, pese a ello, era lo que había.

Una vez llegado a la falda del cerro cambió mi perspectiva, era enorme, con árboles entrelazados de aspecto siniestro, insectos largos con una sustancia gelatinosa que cubría toda su piel que revolvían algo más que mi mirada, y rocas afiladas que, si no tenía cuidado, podrían acabar conmigo fácilmente, como sea, ya había llegado hasta este punto, frente a mis ojos estaba mi oportunidad de ser alguien, de cerrarles su estúpida boca a esos ignorantes. Tomé aire y me dispuse a subir, comencé dando pasos lo más rápido que pude y siempre cuidando donde pisaba, había demasiada tierra en el suelo que me imposibilitaba dar más de dos pasos sin perder el equilibrio, las posibilidades de resbalarme y rodar indefinidamente hasta que alguna piedra me pulverizara el cráneo eran muy altas.

Después de algunas horas, el intenso sol hizo lo que tenía que hacer, me sentía en exceso agotado, en mi rostro ya hacía un mar de sudor que entorpecía mi visión, y mis pies, mis pobres y temblorosos pies, con cada pisada que daba ellos me respondían con un dolor agudo y punzante, cada paso era como caminar descalzo

sobre el filo de una daga vieja, una daga que no travesaba la piel, sino que la desgarraba poco a poco hasta hacer el mismo o más daño que una en buen estado.

Finalmente, tras cinco horas de caminata continua llegué a la cima, no obstante, comenzaba a oscurecerse, el simple hecho de subir a la cima me había tomado más tiempo del que había contemplado, para entonces ya habían pasado algunas horas desde que di mi último bocado, poco a poco la desesperación comenzó a invadir cada parte de mi cuerpo, sentía tanta hambre que podría comer un jabalí yo solo, entre toda la maraña de ideas que tenía en la cabeza recordé que había puesto una barra energética en mi mochila, ¡justo lo que necesitaba! Mediante un movimiento poco analizado, traté de cambiar de posición la mochila para buscar la barra, en cuanto la tomé aventé la mochila no muy lejos de mí para tener ambas manos libres, y después de un bocado había desaparecido, ¡era deliciosa! No me importó lo seca que estaba, era perfecta para mi situación actual, me hizo recuperar un poco de la paz que hace ya algunas horas había perdido.

No quise perder más tiempo, saqué algunas fotos con la cámara de mi celular y me dirigí a la mochila... ¡Alto! Cerca de donde había arrojado la mochila provenía un sonido extraño, similar al ruido de semillas no muy grandes cayendo a gran velocidad dentro de un frasco, era oscilante, con cierto ritmo que no podía explicar, traté de no darle importancia, sin más recogí mi mochila, de momento sentí como mi tibia era penetrada por agujas hirvientes, el dolor me tumbó en el suelo. ¿Qué o quién fue el causante de tal dolor comparable a una tortura? ¡Esa maldita fue la responsable!

Una víbora de cascabel me había mordido. Sentí como mi piel era carcomida desde adentro, cada nervio irradiaba un dolor que me es difícil explicar, entre sollozos y alaridos, dije todas y cada una de las maldiciones que mi mente era capaz de evocar, desesperado me arrastré con la mochila y vertí en la herida la poca agua que me quedaba, poco a poco el dolor fue aumentando, mi pie se tornaba de un color violeta rojizo en donde era fácil distinguir mis venas de color verde amarillento.

En estos momentos he perdido la noción del tiempo, me siento adormecido, no puedo articular ni una palabra, sin embargo, el dolor ha desaparecido, pero... ¿por qué sentía dolor? ¿Habría sido por haber caminado tanto? ¡Eso era! En cuanto descanse estoy seguro de que podré continuar con mi camino, cerraré los ojos un rato y cuando los abra bajaré de aquí, ¡esos tarados me respetarán cuando se enteren de lo que fui capaz! De lo que fui... capa.



Participantes

Las Dunas Blancas José Antonio «Kurry Xlv»

La chancla de Refugio Aguilar Ibarra Miguel Ángel «Socon Tono»

Danza para dos espadas Aguilera Palacios Luis Ernesto «Mirage»

Conciencia/Dirigida Ahued Akele Nayib «Otto Porto»

Afección parasitaria Álvarez Contreras Oscar Francisco «Destino»

El soldado Barrera Guardia Francisco Moisés «Huracán»

La habitación Basurto García Alicia Sofía «Flex»

Una noche lejos Bautista Rodríguez José Luis «142 857»

El hombre que no tenía estómago Becerril Rendón Saúl «Zhymyk»

Cartas para Olivia Camacho Cruz Juliana «Ingenieroalmadepoeta»

Había una vez, un asesino Camacho Mendoza Víctor Hugo «Bywsky»

La flor roja que devoró a churo Cañedo Vértiz David «Xelhua-Wiracocha»

A Cañedo Vértiz David «Xelhua-Wiracocha»

No me gusta el picante Cárdenas Mendoza Juan Carlos «Suo Zoldyck»

Aleteia Carmona López Damián Eliab «Pollo»

Insensible Castellanos Garza Daniel «Vyzñu»

Por tu pensar hacia ellos Cerritos Soto Óscar Arturo «Dyssey H. Resonance»

Espectrolita Chávez Alarcón Dulce Jazmín «Akbal»

Los tejedores del destino Chirino Flores Carlos Alexei «Zulu1337»

Solo me quería desquitar Correa González Alfredo «Miky»

En el lugar de los sordos Cortés Macías Ricardo Enrique «Mrskull»

Los amigos de mi hermano Cruz Matías Yuridia Elizabeth «Fgjknoqvwxy»

La cueva Cruz Plata Eduardo «Urban.C.»

La curiosidad de un universo vecino Cruz Ramírez Cesar Alejandro «FF»

Sobre la señal digital, el plateado, la estridencia y otras pérdidas

Cuadros Popoca Luis Raúl «Pepo»

La chica del J109 De La Peña González Luis Alejandro «Chmvtky»***El escultor*** Delgado Narváez Juan «Phi»***El origen de las manchas del leopardo*** Domínguez Pérez Rul Alan «Hyctyq»***Colgar un overol en el ocaso*** Duarte Arcos Javier «La Resistencia»***El porvenir de la esperanza*** Durán Romero José Arturo «Killx»***Amapola*** Farfán Canales Iván Adrián «Yozmt»***Jade Xibalbá*** Feria Núñez Mariana «Merit»***Las escaleras al paraíso*** Fernandez Hernández Miguel «Edgardo Rodriguez»***¿A dónde van las cosas?*** Flores Martínez Diana Paulina «Cyx»***Declaraciones*** Galnares Ruiz Diego «Galiz »***Nocturno*** Galnares Ruiz Emilio «Kyc Bb»***316139106*** Gama Reyes Enrique «El Príncipe De Los Alebrijes»***El desapego del jinete*** García Flores Iván «Anthowaine Jud»***El Júpare*** García Macedo Isael Guillermo «Macondo»***Los pedazos de un frío corazón*** García Carrillo Fernando «Un Poeta Analfabeta»***Atarcedecer*** García Fierros Fátima Teresa «Kjwqpxb»***Dwa Serduszka*** Gómez Juárez Daniel «Aladdin Sane»***Letargo*** Gómez Pizano Carlos Maximiliano «Fukby»***Desde donde yo lo veo*** Guzmán Jiménez Adriana «Arisdelzy Otoño»***Crónica precipitada de una mente ansiosa*** Guzmán Bolán Emiliano «Wcjrd Wrjtter»***5 minutos más*** Guzmán Torres Elena «Candyrocky»***Fin del ciclo*** Hernández Leon Edgar Alejandro «Misfit»***MILA*** Hernández Nieves Julia «Gabriela»***Solipsismo*** Hernández Godina Alan Josué «Thomas Parr»***Xamigua*** Hernández Juárez Josselin Jovely «Tsakuda»***Seguro dental*** Hernández Rojas Mara Alexandra «Tiggi»***Sur*** Hernández Jiménez Efrén Antonio «Pusu-Pusu»

- La historia del Shogi*** Ibarra Arenas Ricardo Sadot «Zuz»
- D Jasso*** Garduño Juan José «Lzt»
- No te CREAS*** Sibila Jiménez Tapia Samantha Montserrat «Yux08»
- El grillo*** Juárez Hernández Karina «Tom»
- LSD*** Juárez Lozano Catherine «Heemin»
- Estación Alternativa*** Juárez Meza Aldo «Sir Wingy»
- Incesante*** Lara Martínez Ángel «Jannay»
- La fuente de la Verdad*** López Montaña Yabin «Dereck»
- Convolvulus sabatius*** López Gómez Omar Raziel «Yax»
- Sombría*** López García Perla Esmeralda «Sir. Black Sould »
- Café y bollos con sabor a miel dorada*** Luna Santiago Brian Samuel «Pxjz»
- Las sorpresas en la FI*** Marín Hernández Aldo «Fuxy»
- Apología a una vida blanca*** Martínez Aviles Iván «Flower Chasse»
- Mentiras*** Martínez Soto Roberto «Yu»
- La vida solo dura una vez*** Martínez Trinidad Kevin «Boss»
- Víctor*** Martínez Corral Jostin Adrián «Kyuw»
- Vegeta*** Mata Mota Luis Valentín «El Titiritero»
- Nahualli*** Méndez Hernández Ashley Andrea «Wendy Durán »
- El auto rojo*** Mendoza Mejia Samuel Ulises «Samba»
- Petram Secundus*** Mendoza Miranda Roberto «Imperator»
- El encanto de la serpiente*** Miranda Contreras Elsy Guié Yazi «Leandra Dunac»
- Una gran responsabilidad*** Monroy Arellano Lestad Ramses «Chooseyles »
- Sobre la montaña que se enamoró del humano*** Moreno Rojas Elizabeth «Rock Nice»
- La lección de una mala decisión*** Muñoz Cruz Juan Carlos « V_g17122000»
- El día que mi fuego se volvió viento*** Olvera Martínez Jesús Roberto «Ronin 2018»
- Me & Mario*** Ortiz Leyva Felipe De Jesús «Gxcb»
- Madrid*** Osnaya Molina Victor Ivan «Deux»
- Reiniciar*** Pérez Ramírez Diana Laura «Monótona Libertad»

- Bienvenido a mi infierno*** Pineda Chavarría Fabiola «Asbaje Acuña»
- Di mi nombre*** Pozos Valdez Daniela Aidee «Zury»
- Luna azul*** Quijano Ramírez Luis Alejandro «Lux Aeterna»
- La muerte del ángel*** Ramírez Guzmán Alejandra Guadalupe «Thoby»
- Aridoatziri*** Ramírez López Isaac «Yunun»
- Atención*** Ramírez Ramírez Cristian Alejandro «K.y.w.y»
- Cuando los arboles lloran*** Rangel Tenorio Leonardo «Nvacane»
- El colibrí de plata*** Reverte Valencia Alexandra «Qwzgu»
- El problema*** Rodríguez Carrillo Samantha Denisse «Kyky»
- Por lo menos un día más*** Rojas Meléndez José «Yesrub»
- Reflexión de lo simple*** Roldán Zurabian León Miguel «Txyp»
- Las frutillas de Frida.*** Roman Cruz Hugo «Iztli»
- El Vano*** Salcido Porras José Antonio «Mu»
- Dinámicas de un colibrí*** Salgado Giles Jesús Humberto «Derbert»
- Tan cerca*** Sánchez Calderón Francisco Javier «Ashen One»
- Los sueños de un ingeniero*** Sánchez Montenegro Aldo Gael «Kukut»
- El oso Charly*** Santiago Sanchez Diego «Yurp»
- Carta a un pájaro muerto*** Soto Hernández Iván «Ubyk»
- Tlali*** Téllez Ramírez Axel «Príncipe Narciso»
- Madre*** Tintor Jiménez Dalia «Adara De Flor»
- Astromelia*** Torres Zamora Daphne «Azul Kufubi»
- Ajolote: Una promesa*** Valenzuela Vigil Ángel David «Storm»
- Conversación*** Valerio Santoyo Erick «Noche Azul»
- Catarsis*** Vásquez Burgos Alexis «Jon Greyman»
- Una resolana*** Vázquez Romero Helio Saúl «Dcdnnt Nnd»
- Los tres regalos de la vida*** Ventura Montoya Gadiel «Pay De Limon»
- Merlot*** Villanueva Bustamante Victoria «Wyz»
- Comedor*** Vivanco Hernández Luis Gonzalo «Wyxky»



**Octavo Concurso de Cuento
Gonzalo López de Haro**

se publicó digitalmente en el repositorio
de la Facultad de Ingeniería, UNAM,
en septiembre de 2025.

El cuidado de la edición y diseño estuvieron
a cargo de la Unidad de Apoyo Editorial
de la Facultad de Ingeniería. Las familias
tipográficas utilizadas fueron Literata y
Cambria con sus respectivas variantes.